

II

¿Se morirá?

María se vió en una habitacion grande y desnuda. Su esposo estaba allí delante de ella, entero y vivo. Ella desconocía el lugar, pero se sentía bien acompañada.

—¿Qué casa es esta?—preguntó.

—La mía... Tranquilízate... estoy aquí; ¿no me ves?

María seguía recorriendo con sus ojos las paredes y el elevado techo.

—¡Qué cuarto tan triste!—murmuró dando un suspiro.—Y yo... ¿he venido aquí?

Se calló, reconcentrada en sí, escudriñando en sus turbios recuerdos.

Aquella mañana, despues del suceso que bien puede llamarse catástrofe, Leon había tratado con el marqués de Fúcar y con Moreno Rubio de mejor modo de llevarse á su mujer á Madrid. D. Pedro encontró peligrosa

la idea, y el médico se opuso resueltamente á ella, diciendo que en el estado de la enferma, la traslacion, áun hecha con todas las precauciones posibles, podría ser causa de un desenlace tan rápido como funesto. Muy contrariado estaba Leon con esto, y casi se hubiera atrevido á poner en ejecucion su pensamiento si Moreno Rubio no le amenazara con retirarse, declinando toda responsabilidad. No pudiendo sacar del palacio de Suertebella á quien por ningun motivo debía estar en él, juzgó que convenia desfigurar el aposento, y con permiso del generoso dueño, quitó todos los cuadros, objetos de arte, porcelanas y baratijas que en él habia. De este modo la habitacion, que era de las ménos lujosas y no tenia tapicerías sino papel del más comun, parecia modesta.

—Sí, viniste aquí,—le dijo el marido tocándole la frente.—Te has puesto un poco mala; pero eso pasará: no es nada.

—¡Ah!—dijo María herida de súbito por un recuerdo doloroso.—Me trajeron mis celos, tu infidelidad... ¿Pero es ésta aquella casa...?

—Es mi alcoba.

—Estas paredes, este techo tan alto... ¿Por qué no me has llevado al instante á nuestra casa?

—Iremos cuando te repongas un poco.

—¿Qué me ha pasado?

—Una desazon que no traerá consecuencias.

—¡Ah! sí; ya recuerdo... te has portado infamemente conmigo... ¿Qué te dije yo? ¿Te dije que te perdonaba? Si no te lo dije, ¿es que lo he soñado yo?

—Sí, me perdonaste,—le dijo Leon por tranquilizarla.

—Tú me prometiste no querer á otra, me juraste quererme, y para que lo creyera me diste pruebas de ello. ¿Esto es verdad ó lo he soñado yo?

—Es verdad.

—Y tambien me dijiste que estás resuelto á abjurar de tus errores y á creer lo que creo yo. ¿Es tambien sueño esto?

—No, es realidad. Haz por serenarte.

—Y luégo nos reconciliamos... ¿no ha pasado así?

—En efecto.

—Y volvimos á querernos como en los primeros dias de casadós.

—Tambien.

—Y me probaste que me habian engañado respecto á tus relaciones con...

María se detuvo, mirando con fijeza á su esposo.

—No vuelvas sobre lo pasado,— le dijo éste con bondad.—Es preciso que hagamos un esfuerzo para devolverte la salud. Tú debes ayudarnos, María.

—¿Ayudaros á qué?

—Á salvarte.

—¡Pues qué! ¿no he de salvarme yo?... ¡Dios mio! he pecado...

Y demostró un dolor muy hondo.

—Me refiero á tu vida, á tu salud corporal que está amenazada.

—¡Oh!... No estimo yo la salud del cuerpo, sino la del alma, que veo en peligro... Hace poco, no sé cuándo, creí que me habia muerto. Ahora viva estoy; pero sospecho que he de morir pronto... ¡estoy en pecado mortal!

—Lo has soñado, hija, lo has soñado. Tranquilízate, no temas nada.

—¡Estoy en pecado mortal!—repitió María llevándose las manos á la cabeza.—Dime, ¿es tambien sueño que me dijiste...?

—¿Yo?

—¿Que no me querias?

—¿Pues qué podia ser sino sueño?

María le echó los brazos al cuello, atrayendo suavemente hácia su rostro el de su marido.

—Dímelo otra vez para que se me quite el amargor que me dejó aquel mal sueño.

Los dos esposos hablaron un instante en voz baja.

—Dame una prueba de tu cariño,—le dijo María.—Pues estamos léjos de Madrid; pues no debo salir de tu casa en algunos dias, hazme el favor de avisar al Padre Paoletti. Quiero hablar con él.

—Yo mismo le traeré.

—¿Tú mismo?

—¿Por qué no? Nada que te agrade puede serme molesto.

A la sazón entró el médico. Leon habia creído prudente confiarle algunos de sus secretos, pues siendo la dolencia de María motivada por causas morales, convenia suministrar á la ciencia datos de aquel orden delicado. Moreno Rubio y Leon Roch estaban unidos por una amistad sincera, fundada en la bondad del carácter de ambos, y principalmente en la concordancia de sus opiniones científicas. Aquella mañana, cuando Leon hizo á su amigo las revelaciones que eran indispensables para un acertado diagnóstico, sostuvieron un interesante diálogo, del cual mencionaremos lo más esencial.

—De modo que usted no quiere á su mujer ni poco ni mucho,—dijo Moreno Rubio, que tenia el don de expresar los temas con grandísima claridad.

—La mentira me ha sido siempre muy odiosa,—replicó Leon.—Por tanto, declaro que María no me inspira ninguna clase de cariño. Dos sentimientos guarda aún mi alma hácia ella, y son: una lástima profunda y un poco de respeto.

—Perfectamente. Esos dos sentimientos no bastan á hacer un buen marido; pero hay en su alma otros que pueden hacer de usted, y lo harán de seguro, un hombre benéfico... Respuesta al canto: ¿usted desea que viva su mujer?

Leon se agitó como el que recibe un ultraje.

—Me ofende usted preguntándomelo. La misma zozobra en que se halla mi conciencia me impele á desear que María no muera.

—Bien, muy bien. Pues si usted quiere que María no muera,—dijo Moreno poniéndole la mano en el hombro,—es preciso calmar en ella la irritacion producida por los celos, harto fundados por desgracia; es preciso que su espíritu, terriblemente desconcertado, vuelva á su normal asiento. Cada vida tiene su ritmo. con el cual marcha ordenada, pacíficamente. Un trastorno brusco y radical de ese ritmo puede ocasionar males muy graves y la pérdida de la misma vida. El ejemplo le tenemos muy cerca. Apresuremonos, pues, á

devolver á ese organismo tan pronto y tan hábilmente como sea posible el compás que ha perdido, y triunfaremos de la espantosa revolucion del sistema nervioso que afecta y destroza la region cerebral. Es urgente que desaparezcan los celos en la medida posible, para que, entrando los sentimientos de la enferma en un período de calma, recobre toda la máquina su saludable marcha. Es preciso que las escenas que originaron su mal se borren poco á poco de su mente. Si vive, tiempo hay de que sepa la verdad. Es necesario que no se reproduzcan ni la cólera ni el despecho, haciéndole creer que no ha pasado nada, y sobre todo, amigo mio, es urgentísimo tratarla como á los niños enfermos, dándole todo lo que pide y satisfaciendo todos sus caprichos, siempre que pertenezcan al orden de los entretenimientos. Su mujer de usted, bien lo conozco, pedirá amor y devocion: en ninguno de estos apetitos hay que ponerle tasa.

Despues de este sustancioso discurso, Leon indicó otra vez la necesidad apremiante de sacarla de Suertebella, á lo que se opuso decididamente Moreno por las razones antes indicadas.

Desechado el plan de traslacion por *homicida* (esta era la expresion del médico), ambos determinaron desfigurar la estancia, traer

de Madrid los criados que rodeaban constantemente á Maria, y otras cosas secundarias y menudas pero indispensables para el buen propósito de Leon Roch. Antes de separarse, éste dijo á su amigo:

—Hábleme usted con franqueza. ¿Se morirá mi mujer?

—No puedo decir nada aún. Es muy posible que así suceda. Déjeme usted que determine bien la especie de fiebre con que tenemos que luchar.

Aquella noche, cuando Maria volvió á su natural ser, despues de pasearse con la fantasía por los infiernos, llenos de horribles máquinas y diablos fabricantes, entró Moreno á verla, como hemos expuesto.

—¡Hola, hola!—dijo riendo al observar que marido y mujer se miraban muy de cerca.—¿Estamos como tórtolos? ¿Qué tal, mi querida amiga?... El pulso no va mal; pero debemos procurar un reposo completo del cuerpo y del alma.

María frunció el ceño mirando á su marido.

—No, no ponga usted mala cara á este hombre querido que está enamorado de su mujer como un novio de primavera. Me consta... Dentro de unos dias saldrán ustedes por ahí á coger lilas y á mirar las mariposas... Una

mujer discreta no debe hacer caso de hablillas malignas. Cabeza llena de los dicharachos de la envidia ¿qué hará sino desvariar? Ahora, querida amiga, vamos á entrar en un período razonable, vamos á celebrar unas paces duraderas, vamos á querernos mucho... lo digo por ustedes... en fin... veamos esa lengüecita.

Después preparó por sí mismo algunas medicinas. Leon y Rafaela le ayudaban.

Mientras esto ocurría junto á la enferma, el marqués de Fúcar, dando de la mano por un momento al grandioso asunto del empréstito, ya casi ultimado, se llegaba á su querida hija y muy seriamente le decía:

—Los pronósticos de Moreno son muy tristes. Creo que tendremos en casa una lamentable desgracia. Pero no hay que desesperar. La ciencia puede hacer mucho todavía, y Dios aún más. A nosotros nos corresponde auxiliar á la ciencia en la medida de nuestro escaso poder é implorar el auxilio de la Providencia.

Alzando del suelo sus ojos llenos de turbación, Pepa mostró al marqués su rostro que parecía un rostro de cera. Como quien se aprieta la herida para que arroje más sangre, echó de sí esta pregunta:

—¿Se morirá?

—De eso te hablaba y no me has oído,—dijo D. Pedro, que también tenía en aquel día su sangrienta herida.—Nuestro deber es hacer todo lo posible para demostrar á esos infelices huéspedes la parte que tomamos en su desgracia. Conduzcámonos como corresponde á nuestro nombre y á esta casa. ¿Conviene que demostremos con un acto religioso nuestro sincero anhelo de ver fuera de peligro á María Egipcíaca? Pues hagámoslo con esplendor y magnificencia. Tenemos aquí una capilla que me ha costado al pié de ochenta mil duros, y que hubiera costado ménos cuando los artistas valían más y no tenían tantas pretensiones. Pues bien: es preciso celebrar mañana una misa solemne de rogativa, á que asista toda la servidumbre de Suertebella, presidida por tí. Te autorizo para que me gastes en cera lo que se te antoje. Que venga mañana á decir la misa ese bendito cura de Polvoranca, y si quieres traer más curas, vengan todos los que se puedan haber á mano.

Dijo, y retiróse dando un gran suspiro. El, que tenía también un pesar hondo en su alma, ¿quería implorar del cielo favor y misericordia para sí? No sabemos todavía cuáles eran las cuiñas que tan de improviso habían cambiado la jovial sonrisa del marqués de Fúcar en agrío mohín de displicencia. El em-

préstito, lejos de navegar mal, arribaría en aquel mismo día al puerto de la realización, después de surcar con buen viento el piélago turbio de nuestra Hacienda, y era seguro que entre Fúcar, Soligny y otros pájaros gordos de Francfort, Amsterdam y la City se tragarian un puñado de millones por intereses, corretaje y comision. ¿Entonces qué...?

La capilla de Suertebella era un hermoso monumento construido en un ángulo del palacio, alto de cimbra, grueso de paredes, brillante cual si lo hubieran dado charol, con mucho yeso imitando mármoles y pórfidos de diferentes colores, mucho oro de purpurina y panes, que hacia el efecto de una pródiga distribución de botones y entorchados de librea por las impostas, entablamentos y pechinas de aquella arquitectura greco-chino-romana, con muecas góticas y visajes del estilo neoclásico de Munich que nuestros arquitectos emplean en los portales de las casas y en los panteones de los cementerios, en los cuhitriles de servicio municipal y en los comedores de los Fúcares. El imitado jaspe, el oro, los colorines, parecían saltar, circulando en la cóncava atmósfera como los peces en el agua de su redona.

Por el techo corrían ángeles honestos que

antes fueron gentílicas ninfas en el taller del escultor, y en las pinturas de los tímpanos había virtudes teologales que habían sido livianas musas. Todo tenía el deslumbrante lustre que la albañilería moderna da á nuestras alcobas, y que en éstas cuadra á maravilla. Ningun atributo ni alegoría cristiana se les quedó en la paleta ó en molde de escayola á los artistas encargados de decorar aquella gran pieza. Más adelante conoceremos á un chusco que, al decir de la gente, se entretuvo cierto día en hacer una explicación humorística y á todas luces sacrílega, de las figuras que hermoseaban la capilla. Tal matrona de vendados ojos, que tenía un cáliz en la mano, era España, á quien los hacendistas habían puesto de aquella manera para que apurase sin protesta la amargura de su ruina; aquella otra que tenía un ancla y volvía los desconsolados ojos al Cielo, representaba el abatido Comercio, y la que hacia caricias á unos niños era la Beneficencia, símbolo hermoso del interés que á los Fúcares merecen la propiedad y la industria, y de la tierna solicitud con que á ambas conducen por el fácil camino de los hospicios. Los Doctores, en número de cuatro y representados en actitud de escribir gravemente con el *aquilífero pincel*, que reza Fray Gerundio, eran la prensa, siempre dis-

puesta á elogiar á los grandes empresarios, que antes de hacer de las suyas, se amparan de las volubles plumas. Aquel barquichuelo que naufragaba en las aguas de Tiberiades era la nave del Estado, donde los oradores y articulistas hacen tantas travesías; los multiplicados panes eran gráfica copia de la entrega y recepcion de algunos artículos de contrata, y por último, aquellas atónitas sibilas que no hacian nada, como quien está en Bábía, eran la Administracion pública. El sacrilego intérprete de estos símbolos y pinturas bíblicas daba versiones muy atroces á los letreros que corrian por frisos y arquitrabes para edificacion de los creyentes, y así leía: *"Yo soy Pedro y sobre esta piedra edificaré mi casa. Dadme á mí lo que es del César y lo que es de Dios."* Por este estilo profano lo explicaba y traducía todo.

La capilla, admitido con indulgencia el gusto moderno en construcciones religiosas, era bonita. Su suelo estaba al nivel de la planta baja y tenia puerta al jardín, por donde entraba el pueblo; su techumbre sobresalía del tejado del palacio, ostentando su poco de torre con campanas. Habíanla dedicado á San Luis Gonzaga, cuya imagen, bien esculpida, ocupaba el altar mayor bajo la gran escena del Calvario.

Hízose la piadosa ceremonia tal y como D. Pedro la habia dispuesto. No bien despuntara el dia fueron encendidas sobre el altar grande, así como sobre los pequeños, cantidad de finisimas velas; y mil y mil flores olorosas, aprisionadas en elegantes búcaros, tributaban á la idea religiosa la doble ofrenda de su belleza y de su fragancia. La capilla era, segun la expresion vulgar, un ascua de oro. Luces y aromas disponian al fervor, hiriendo los sentidos con fuerte estímulo y llevando el alma á una region de dulce embeleso, donde le era fácil orar y sentir. La servidumbre toda asistia, desde el administrador hasta el último marmiton de las cocinas, desde el jardinero mayor hasta el último groom ó mozo de caballos.

Decia la misa el cura de Polvoranca, humildísimo varon protegido de la casa, viejo, un poco ridículo en apariencia por reunir á la fealdad más acrisolada ciertas excentricidades y manías que, á más de perjudicarle mucho en su carrera eclesiástica, le dieron celebridad en todo aquel país. Gozaba en Suertebella de una mezquina renta que don Pedro le señaló por celebrar el divino oficio todos los domingos para edificacion de las mujeres y de la servidumbre, y por confesar una vez al año á todos los criados, costum-

bre piadosa que el prócer millonario mantenía en su casa, atento á evitar de este modo muchas trapisondas y latrocinios.

En la tribuna que los señores de Suerte-bella tenían en su capilla al nivel de las suntuosas laberínticas habitaciones del palacio, oyó la misa de rogativa Pepa Fúcar, juntamente con sus doncellas, el aya y Monina, quien no comprendía la razón de tanto recogimiento y mutismo, por lo que tenía ganas vivísimas de alzar la voz y dar un grito en lo más solemne del oficio santo. Sabe Dios las cosas que se habrían oído si el aya no la contuviera, ya tapándole la boca, ya amenazándola con que el Señor le iba á quitar la lengua. Esto hizo efecto y Monina tuvo paciencia hasta el fin.

Pepa Fúcar estaba de rodillas en su reclinador junto al antepecho de la tribuna. ¿Quién podrá saber lo que pensaba durante aquella hora patética, ni lo que á Dios pedía su alma afligida? La misa de rogativa llegó á su fin. Salieron todos, y Pepa se quedó en su puesto observando la actitud recogida que había tomado desde el principio. Apoyada la frente sobre el reclinador, medio oculta la cara entre las cruzadas manos, no se le había sentido voz ni suspiro. Cuando alzó el rostro para levantarse, miró al altar un rato sin ex-

presar sentimiento alguno que pueda definirse. El reclinador estaba como si en él se hubiera derramado un vaso de agua.

La señora dejó la capilla para dirigirse á sus habitaciones. Estaba taciturna y seria, con los ojos enrojecidos, la boca ligeramente entreabierta, como la de quien necesita respirar mucho y fuerte para no ahogarse. En la puerta de su cuarto encontró al marqués de Fúcar.

Advirtamos que el grave D. Pedro, si no había asistido *corpóreamente* á la misa, había dejado ver su cara por cierto ventanillo que se abría en la *Galería de la Risa* y daba á la capilla, en la pared lateral de ésta y en el sitio mismo donde estaba pintado San Lúcas, el *evangélico toro*, según reza el de Campazas. Desde allí observó Fúcar la puntual asistencia de sus criados, sin que faltase ninguno, y admiró la magnificencia de la *cathedrale pour rire* (según el chusco mencionado), y según el dueño, *monísima basílica*, toda llena de *carácter*, pues no podía negarse esta cualidad artística á las decoraciones cristianas que había pintado el gran escenógrafo de los teatros de Madrid. Pero hay motivos para pensar que el espíritu del buen marqués se elevó de este orden de consideraciones á otro más elevado. Él estaba apenadísimo aquel día, y sin duda

cuando asomó su imponente rostro por el ventanillo, de tal modo que podía haberse confundido con el de un Evangelista ó Doctor, tuvo en su mente ideas de oracion y pidió algo al Autor de todas las cosas. Pero, estas son hipótesis que no tienen valor real y que sólo se exponen aquí para llenar el vacío que deja la falta absoluta de datos.

Lo que sí no tiene duda es que al encontrar á su hija la detuvo diciéndole:

—Ya sé que han asistido todos.

—¿Y cómo está hoy?... ¿se sabe algo?—preguntó Pepa con tan poca voz que parecía haber consumido ella misma, por abrasadora sed de sus pulmones, la atmósfera en que respiraba.

—Hay esperanza, hija mia. Esa desgraciada pasó bien la noche y está mejor, segun ha dicho Moreno.

—De modo que vivirá...

—Es muy posible,—dijo D. Pedro demostrando con la indiferencia de la frase que pensaba en otro asunto.—Ciertamente, hija, parece que Dios quiere echar sobre nosotros todas las calamidades.

Diciendo esto el pobre señor no pudo dominar su emocion. Abrió los brazos para recibir á su hija, que se arrojaba en ellos, y con voz ahogada, exclamó:

—Hija de mi corazón, perla mia, ¡qué desgraciada eres!

Pepa derramó sobre el pecho de su padre las lágrimas que le sobraron de la misa. Después, D. Pedro, reponiéndose de su emocion, dijo:

—Pero no exageremos... Todavía no hay nada seguro... Mañana...

Pepa entró en su habitacion, y el marqués se fué á la suya, donde examinó por vigésima vez diversas cartas y telegramas que el día anterior habian hecho hondísima impresion en su ánimo, casi siempre sereno y claro como el sol y el ambiente de primavera.